



*San Juan de los Reyes. Detalle de la planta superior del claustro.*

reducir vuestra majestad a líneas ni vuestros recuerdos a números, sino a pedirnos un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad mi frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laúd, haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva en vuestras alas transparentes, que yo al partir os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto.

Al fin mi planta huella vuestro misterioso recinto, la imaginación vaga absorta de una a otra maravilla, y no pudiendo abarcar cuantas hieren mis ojos, se ofuscan, se anonada y rinde un tributo de estupor a tanta grandeza. Al personificar la sensación que me causáis, me parece ver en vosotros un monje cuya capucha derribada a la espalda deja contemplar sus sienes ceñidas con el casco de un guerrero, mientras que por debajo de su hábito religioso se descubre la brillante malla que le defiende y el acicate de oro que hace

volar el bridón en la pelea. De tal modo se hallan reunidas aun en los menores detalles, que os embellecen la idea mística y caballeresca: tan completamente se ha fundido en un solo pensamiento, marcial y santo a la vez, el espíritu religioso y conquistador de vuestros fundadores.

Sí; vosotros debéis tener un origen noble. Entre el tumulto de una pelea terrible, cuando el sol que se esconde lanza sus últimos rayos sobre la nube de polvo que se levanta de la llanura, abriantando con chispas de roja luz las espadas y los cascos, que llamean en su seno como los relámpagos de una tempestad; cuando el choque de las armas y el bufido de los corceles se confunden con la ronca vocería de las haces y el lamento de los moribundos; en ese instante solemne en que las sombras bajan a grandes pasos de las montañas para envolver los valles en sus oscuros pliegues, y el éxito de la lucha vacila